

Escenarios

# Sensación térmica

Por **Jóse Busto** - 2 marzo, 2026

FOTO: DAVID RUIZ

La meteorología es el arte de negar lo evidente y tiene un sentido del humor infranqueable. Es la única ciencia capaz de decirte a la cara que estamos a quince grados mientras el viento te acuchilla los pulmones y los ovarios. A esa estafa sensorial, a esa discrepancia entre el dato y la realidad, la llamamos sensación térmica. Y es la metáfora perfecta para la autopsia a la que nos invita K Producciones en este asombroso montaje sobre las relaciones tóxicas.

Porque el maltrato, en todas sus vertientes, comparte con el clima norteño esa misma trampa invisible. El termómetro de la relación marca amor y respeto, pero en realidad camina por el mundo a diez grados bajo cero. Las heridas que más tardan en curar, si alguna vez lo hacen, son las heridas internas; y la violencia, a veces, entra en casa con la suavidad de una canción romántica susurrada sin tener en cuenta su letra de mierda.

El mapa de este territorio helado lo dibujó inicialmente Mayte López en su novela homónima. Una historia de amistad entre mujeres, exilio y supervivencia en Nueva York que va echando el cerrojo a lo zorro para dejarte a solas con el monstruo. En ella levanta acta sobre cómo la educación sentimental y la cultura popular funcionan como el perfecto manual de instrucciones del maltrato que apaga la luz de los ojos y muta el drama costumbrista en un romance true crime.

Tras la arquitectura dramática de esta maravilla está la mano inquebrantable de Adolfo Fernández, que firmó aquí su último truco de magia para luego convertirse él mismo en sensación térmica de la buena. Adaptó la novela colocando una mina antipersona tras otra en el camino de nuestras conciencias y, de paso, salió del edificio dejando la luz encendida, algo solo al alcance de los grandes maestros.

Su adaptación tiene mucho de testamento vital. El teatro no se inventó para pasar el rato. El teatro nació para entender por qué hostias nos pasan las cosas que nos pasan y cómo vivir en un mundo en el que estamos condenados a morir. Cosió el libreto con la precisión de quien sabe que no le sobra el tiempo y dejó una estructura sólida sin grasa donde su voz resuena en cada réplica, como un director cálido dando sus últimos consejos desde la noche sagrada del patio de butacas.

La dirección es un milagro de arquitectura invisible. Vanessa Espín recoge el testigo del añorado Adolfo para conseguir una vibración de frecuencia inagotable. La puesta en escena se diseña a semejanza de un mecanismo diabólico de relojería inexorable, como ocurre en el maltrato, donde no hay tiempos muertos ni transiciones amables ni momentos de complacencia. Avanza con urgencia y huye del panfleto de encargo o el powerpoint lamentable de concienciación social. Teatro sin sermones. Si no lo veo no lo creo. Algo difícil en estos tiempos antropófagos saturados de moralina artificial. Deciden sentarnos al lado de la víctima para entender su ceguera y su error de cálculo y su maldita inercia cultural que la lleva a confundir la posesión con el afecto y los celos con el estándar de calidad romántica.

Espín y Fernández toman decisiones de riesgo que elevan el texto. Eliminan las válvulas de escape para que la tensión se acumule capa sobre capa, sin darnos un segundo para recomponernos. Plantean la escena como un asedio donde el pasado y el presente conviven físicamente, recordándonos que el trauma no entiende de códigos postales. Pero su golpe maestro es usar el falso musical como caballo de Troya. Nos hacen mover el pie para, acto seguido, helarnos la sonrisa al revelar la disonancia cognitiva de nuestra educación sentimental. Al huir del melodrama apostando por la cotidianeidad del mal, la dirección logra que el terror sea un espectáculo doméstico, reconocible y, por tanto, mucho más espantoso.

Porque lo que eleva este montaje por encima del drama convencional es su negativa a simplificar el mal. No se conforma con el cliché del villano de telenovela. Despliega una disección compleja de las violencias invisibles. Aquí el maltrato tiene denominación de origen y estructura de muñeca rusa. Escarba en la herencia de la ira que salta del abuelo al padre y amenaza con infectar también a la hija. Es un mapa del dolor tan detallado y reconocible que impresiona.

Pero ahora viene lo gordo. Las bestias pardas. Las actrices. Cuyo trabajo se centra en alquilar al dolor una habitación para que podamos sentir su aliento muy de cerca. Maniobran con la sincronía de un comando de élite emocional y supuran una química masticable que te arrastra de la euforia a la disforia en lo que dura un suspiro. Tejen entre ellas una red increíble de seguridad incorpóreo. Esa forma de mirarse y de tocarse convierte la palabra sororidad, tan gastada ya, en el único chaleco antibalas disponible cuando empieza el tiroteo.

Adriana Ubani es el sismógrafo de la obra. Es quien detecta el temblor antes de que los cuadros caigan. Inocula a su Lucía una oscuridad fascinante y contradictoria desde la contención. Por fuera es una estudiante aplicada. Por dentro la consume un incendio forestal mientras lidia con el insomnio y los traumas de infancia. Cuando confiesa sus impulsos de muerte respecto a su padre, nos hiela la sangre. Es el ancla de realidad que impide a la función volverse gaseosa. Fantástica.

Nora Hernández se calza al personaje de Alma con la autoridad de quien lleva años sobreviviendo a la intemperie. Su interpretación es el desfibrilador de la función. Nos aplica oxígeno cuando es necesario para no asfixiarnos en el drama. Borda ese arquetipo de la inmigrante veterana, esa amiga curada de espanto que utiliza el sarcasmo como chaleco antibalas. Su Alma es la hermana mayor que todos querríamos tener en una ciudad hostil. Alguien que te enseña a esquivar los tiros mientras se ríe de la pistola. Por otro lado, cuando ejecuta al personaje de la madre de Lucía, ofrece una maternidad geológica, erosionada y hermosa.

Y la prueba del algodón de que el texto es hierro forjado la dio Olivia Hernández en la segunda función. Asumir el mismo rol de Alma, con el eco de su compañera aún rebotando en las paredes del teatro, es un salto al vacío del que sale ilesa y contribuye con nuevos matices. Si Nora era el voltaje eléctrico, Olivia aporta calidez y resistencia térmica. Su Alma tiene la sabiduría de la calle, pero dicha con una suavidad que desarma. Maneja el cinismo del personaje con guante de seda. Y cuando adopta el rol de la madre aplica el matiz dulce de la impotencia.

Pero donde la función se vuelve estratosférica es en el tour de force de Claudia Galán. Lo que hace esta chica es brutal. Un ejercicio de esquizofrenia monumental encarnando los dos polos magnéticos de la tragedia. Es Juliana, la luz caribeña, la víctima propiciatoria que baila mientras se apaga y también el padre de Lucía, el típico patriarca mamonazo, borrachuzo y venenoso. Ver cómo la misma mujer que minutos antes desprendía fragilidad conmovedora es capaz de arquear la espalda y cambiar la mirada para invocar una masculinidad tóxica que te hiela el tuétano me alucina. No es que interprete a dos personajes antagonicos, es que parece arrancarse la piel a tiras para pasar de la presa al depredador. Su trabajo es tan físico, tan bestial en la diferenciación de los personajes, que uno sale del teatro preguntándose si realmente era la misma actriz o si hemos sido testigos de una posesión.

Todo este mecanismo respira gracias a la escenografía de Jorge Ballina, que ha plantado en el escenario un cubo de Rubik de la memoria. Un diseño modular de inteligencia logística afilada que se pliega y despliega para recrear la asfixia de un apartamento infestado de ratones o la amplitud de un recuerdo doloroso. La propuesta es tan orgánica que uno se pasa la función dudando si este laberinto se construyó para que cupiera la historia o se escribió la historia para que pudiera habitar este laberinto. Ballina logra que el espacio no sea un simple decorado, subrayando esa idea de que, da igual a dónde te mudes o cuán lejos te vayas, tus fantasmas siempre tendrán copia de las llaves.

Sin embargo, un laberinto a oscuras no es más que un almacén de muebles, y ahí es donde entra la iluminación de Paloma Parra para elevar la apuesta. Entiende a la perfección el juego modular de la escenografía y lo completa esculpiendo el aire con luz y convirtiendo esas paredes en bloques de hielo para acto seguido detonar un ámbar sucio que nos traslada al calor pegajoso de la violencia doméstica. Un diseño que se suda y se tiembla. Una luz narrativa que subraya esa sensación térmica sin necesidad de pronunciar una sola línea de diálogo.

Y frente a este despliegue, el público del Palacio Valdés no tuvo opción y se conectó desde el segundo uno. En ambas funciones, un silencio denso y granítico y empático sin respiración doblegó la platea. Y ni una sola tos, carraspeo o pantallas de móvil tan habituales en nuestros teatros. Solo inmovilidad solidaria y ojos y aplausos largos e incontestables al final.

No se la pierdan si visita su ciudad y tienen la oportunidad. Compren la entrada. Por fin verán teatro de verdad.

## **Sensación térmica**

Teatro Palacio Valdés, Avilés  
27 de febrero 2026, 20:00 h.

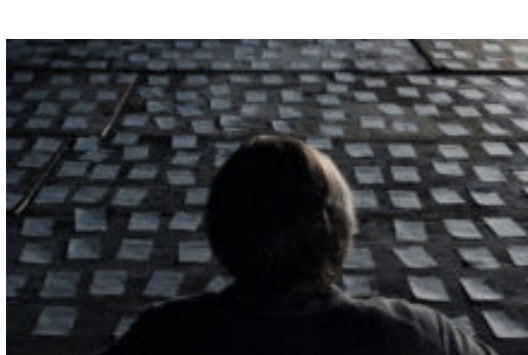
### **Jóse Busto**

Actor, director y dramaturgo

**ETIQUETAS** Adolfo Fernández Adriana Ubani Avilés Claudia Galán Jorge Ballina Jóse Busto K Producciones Mayte López Nora Hernández Olivia Hernández Paloma Parra Teatro Palacio Valdés Vanessa Espín



Artículos relacionados Más del autor



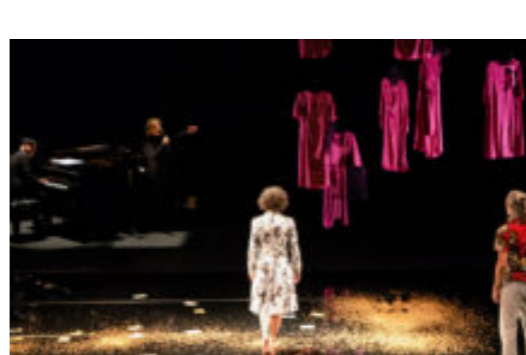
Cuadernos (XC): Esquirlas (II)



Sabina para no fumadores



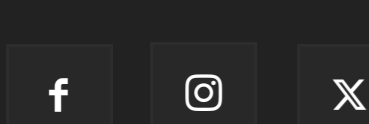
Crónica de una doble muerte anunciada



A raudales



Bailar profundo



### ACERCA DE NOSOTROS

LaEscena es una revista cultural online hecha en Asturias. No queremos contarlo todo, sólo lo que merece la pena. Nos gusta ir al grano. LaEscena la hacemos entre muchos, poco a poco. Sabemos de lo que hablamos y sólo hablamos de lo que nos gusta.

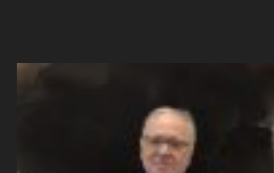
LaEscena no se hace responsable de los contenidos de los artículos publicados en la revista por sus colaboradores.

### LO MÁS VISTO

El artista y su obra: «La Maga Circe» de Luis Rodríguez-Vigil  
16 julio, 2016



El artista y su obra: «Sin título» de Bernardo Sanjurjo  
3 agosto, 2016



La artista y su obra: «Verano por la tarde» de Reyes...  
12 septiembre, 2016

